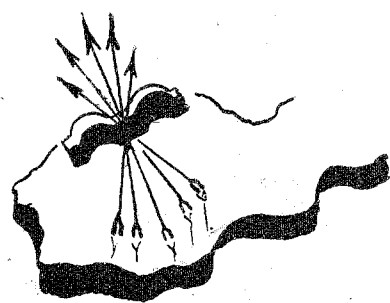




Política



José Antonio y el Tradicionalismo

Para que sea un mentís rotundo a los posibles intrigantes y disformes con la antigua Falange Española o con el antiguo Tradicionalismo, que pudieran existir en nuestra ciudad individuos que con una inconsciencia suicida prestan el más eficaz apoyo y colaboración al enemigo, rojo encubierto, que escudándose tras de uniformes gloriosos, intenta sembrar la desconfianza y disminuir la cohesión de nuestras apretadas filas, con la difamación, el chiste de mal gusto, o bien, con el comentario absurdo vamos a transcribir un extracto del artículo «¿Bandera que se alza?» que el verbo del Tradicionalismo, el malogrado Víctor Pradera publicó en el número 43 de la revista «Acción Española» (16 de diciembre de 1933), comentando el discurso de fundación de la Falange Española que José Antonio pronunció en el Teatro de la Comedia de Madrid.

«Sin empeños de polémica, emprendo la redacción del presente artículo. En «Acción Española» lei la transcripción literal del discurso pronunciado por don José Antonio Primo de Rivera con el epígrafe «Bandera que se alza». El rótulo me atrajo. Lo que bajo él se hallaba, no era, empero, nada que se alzase como nuevo. Conocido, no diré que hasta la saciedad — porque son, por desgracia, muy pocas las gentes para las que no sea extraño — lo era para mí en tal grado, que daba la coincidencia de que sus primeras frases contenían la materia que en «Acción Española» he ido desarrollando desde su segundo número, va a hacer ya dos años. Ello no puede ser obstáculo para que la expansión fuera de la órbita en que la doctrina actuaba, me parezca conveniente; pero creo necesario así mismo fijar lo que en su nuevo modo haya de coincidencia o de discrepancia con el antiguo. Y esto es lo que voy a hacer».

«Es cierto. Fué Juan Jacobo Rousseau quien destapó la caja de los males. No sólo el «Contrato social» sino cuantas obras publicara, hasta la que en apariencia es más ajena a la política, como sus «Confesiones», y en especial la titulada «Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres», derramaron en las inteligencias y en el corazón de la humanidad la ponzoña que más difícilmente había de eliminar. El origen inmediato del mal presente fué acertadamente señalado por el señor José Antonio Primo de Rivera.

Pero las obras de Rousseau no son el manantial del mal, sino el conducto por el cual éste llegó hasta nosotros. La fuente de que manó es el pensamiento filosófico inspirador de aquellas. Para que la justicia y la verdad no sean categorías permanentes de la razón, sino decisiones de la voluntad; para que ésta sea infalible (más apropiado sería calificarla de impecable), capaz de definir a cada instante lo justo y lo injusto, el bien y el mal, y de practicar lo justo y lo recto y de apartar lo injusto y lo malo, es condición indispensable que el hombre sea naturalmente bueno. Este es el pensamiento central de toda la obra de Rousseau; este es el falso dogma que mantiene los demás principios que el señor Primo de Rivera va triturando en su discurso.»

«Menos dificultades exige el poner de manifiesto la identidad en cuanto al as-

pecto específicamente político de la doctrina. Tradicionalismo, en este orden, es substancialmente antiliberalismo. Un siglo entero sin desmayos, sin descanso, con tenacidad no igualada, con intransigente obstinación, que hoy para los de fuera resulta ya anticipación reflexiva, el Tradicionalismo ha señalado en el Liberalismo el error político de consecuencias más graves, y predicho una por una éstas, entre las que ponía la disolución del Estado. La gran imbecilidad del Estado liberal en el mundo entero fué ésta: su calificativo agusanaba su substantivo. El Estado liberal servidor de la doctrina rousseauiana — como muy bien dice el señor Primo de Rivera — se devoraba a sí mismo cual nuevo Catoblebas.»

«Los gobernantes liberales no creían — dice el señor Primo de Rivera — ni siquiera en su misión propia: no creían que ellos mismos estuviesen allí cumpliendo un respetable deber, sino que todo el que pensara lo contrario y «se propusiera asaltar el Estado» por las buenas o por las malas, tenía igual derecho a decirlo y a intentarlo que los guardianes del Estado mismo a defenderlo.» ¡Cómo habían de creer! Si la autoridad es un mal porque la sociedad lo engendra, y la autoridad es cosa de la sociedad, ¿qué podía oponer seriamente el Estado a lo que los ciudadanos libres (la libertad y el bien) alegasen contra su ejercicio?

«La libertad que el liberalismo defendía, derivada del concepto de soberanía individual de Rousseau, debía disolver la unidad espiritual de las personalidades sociales, y, en especial, de las nacionales. El Sr. Primo de Rivera condena esa disolución espiritual de los pueblos, que imputa quizás al hecho menos trascendental del Liberalismo, pero que es suya.»

«Y la coincidencia va más lejos. Llega a los orígenes mismos de la evolución social, preparando con ella la que debe existir en el problema de la representación. El Tradicionalismo, fundamentalmente orgánico, pone la célula social en la familia, y considera la nación no como una mera agregación de individuos, sino como una expansión de aquella en el tiempo y en el espacio. Pues el Sr. Primo de Rivera, dice: «Nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo.» No hay en proceso evolutivo la perfección con que lo percibe el Tradicionalismo; no hay tampoco la separación entre lo propio del

ser y el de su actividad; pero la coincidencia substancial existe.»

«Puesta la coincidencia en las premisas, había de existir también en las conclusiones. «Que desaparezcan los partidos políticos — dice impetuosamente el señor Primo de Rivera —. Si estas son nuestras unidades naturales, si la familia y el Municipio y la corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos del instrumento intermediario y pernicioso de los partidos políticos que para unirnos en grupos artificiales comienzan por desunirnos de nuestras realidades auténticas?»

«¡Que desaparezcan los partidos políticos!... ¿Ha sido otra la voz que, clamando en el desierto hasta ahora, viene lanzando a los cuatro vientos el Tradicionalismo? Personalmente, a requerimiento muy honroso que se me hizo hace diez años para que expusiese un plan de reforma del Estado, por quien lo tenía entonces en sus manos y experimentaba la sensación de su necesidad, dije lo siguiente: «A pesar de que en la Constitución española no se hacía la menor mención ni de la actuación de los partidos políticos ni de la representación de éstos en las Cámaras, el hecho indiscutible era que el Congreso y el Senado, dentro de las impurezas de la elección, eran simplemente una representación más o menos perfecta de los partidos políticos españoles. Y es evidente que el órgano de la representación pública tiene que serlo de la nación misma «y no de organismos superpuestos a ella, que sobre ella vegetan parasitariamente». Y añadía: «La representación en Cortes debe ser, pues, de aquello que es consubstancial a la nación; es decir, de los intereses sociales que, por ser orgánica la sociedad, son fomentadas de manera permanente por las «clases sociales...» ¡También entonces la voz del Tradicionalismo clamó en el desierto! ¿Quién es capaz de imaginar la grandeza de España en los actuales momentos, si al comienzo del último decenio se hubiese introducido en el Estado español la reforma por mí propuesta entonces y que hoy vivamente propugna el señor Primo de Rivera?»

«Exigiría más espacio poner de manifiesto algunas discrepancias — por estridencias, sin duda, de lengüete — que en materia social separan a dicho señor del Tradicionalismo. Pero en lo fundamental, la coincidencia es notoria. «El Estado liberal dice — vino a depararnos la esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo, se les decía: «Sois libres de trabajar lo que queráis; nadie puede compelerlos a que aceptéis unas y otras condiciones; ahora bien; como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen; vosotros, ciudadanos pobres, si no aceptáis las condiciones que nosotros os imponemos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal.» Años y años hace que el Tradicionalismo dijo cosa parecida. Con la autoridad, a mayor abundamiento, de señalar el régimen de trabajo que, durante siglos, había evitado la esclavitud que forjó el liberalismo.»